

“Un vaticinio nuestro pueblo guarda  
Que ayes mil y suspiros ha arrancado  
A nuestros padres: pero ¡ay! cuánto tarda  
En verse, Dios eterno, realizado!  
Esto hace que mi pecho en ansias arda:  
¡Tanto, tanto esperar! ¡Oh me sea dado  
Saber si tal estrella es el indicio  
De que ya el cielo nos miró propicio!”

Melchor, entonces que, como caudillo,  
La noble expedición capitaneara,  
Y fué el primero á quien su amable brillo  
Brindó el signo celeste que los guiara;  
Con pecho franco y corazón sencillo,  
Sin que nada al tirano le ocultara,  
Así le respondió: “Monarca ilustre,  
No temas ya que tu esperar se frustre.

“Estos los hechos son. Yo las regiones  
De los Indos gobierno donde abundan  
De la natura los preciados dones  
Que en industrias dedálicas redundan;  
Dondé esconde la tierra amplios filones  
De ese rico metal, por el que inundan  
La faz del orbe lágrimas y males,  
Y roe la ambición á los mortales.

“Gaspar rige, á la sombra del olivo,  
Los bélicos Sabeos abigarrados,  
Que el incienso y la mirra, sin cultivo  
Roban á los arbustos perfumados  
Que, sintiendo del sol el rayo vivo,  
Prodigan sus tesoros codiciados;  
Y por fin Baltasar, con mano sabia,  
Otra región gobierna de la Arabia:

“Pueblos privilegiados de la esfera,  
Que el bálsamo, la mirra, el cinamomo,  
El áloe, y el estactes, por doquiera  
Mandan de sus camellos sobre el lomo.  
Nosotros tres, desde la edad primera,  
De vuestra ley hojeamos el gran tomo;  
Una de vuestras grandes tradiciones  
No ignoran del oriente las regiones.

“Un natural instinto nos dió el cielo  
Para observar los reinos siderales;  
Y en este afán y singular desvelo  
Pasábamos las horas nocturnales,  
De la nieve y escarcha sin recelo:  
Astro nuevo, de rasgos celestiales,  
(Siguiendo de Balám la profecía)  
Sabíamos que en el cielo brillaría.

“Nuestro ardor sin cesar se redoblaba  
Por descubrir el signo misterioso  
Que aún á los mortales se ocultaba.  
Quiso por fin el cielo bondadoso  
Nuestros votos oír. Ya se anunciaba  
La aurora en el oriente tenebroso;  
Cuando ¡oh portentoso!, peregrina estrella  
Al espacio saltó, límpida y bella.

“Parecióme que ese astro tan brillante  
Irradiaba también sus resplandores  
Sobre mi entendimiento, que ignorante  
Abrigaba gentilicos errores:  
Y pudo conocer, en el instante,  
Que aquel por quien los siglos voladores  
Han suspirado tanto, en la Judea  
Ya apareció con la mortal librea.

“Y, asimismo, un impulso sobrehumano  
Mis fibras sacudió; y un pronto viaje  
Emprendo luego á aquel país lejano,  
Para prestar mi humilde vasallaje  
De la etérea región al Soberano,  
Y ofrecerle también en homenaje  
Corto tributo del metal precioso  
Como á excelso monarca poderoso.

“Dura y penosa fué mi travesía  
Por incultas regiones ignoradas:  
Pero no rara vez aparecía  
El gran faro en las playas azuladas  
Que era mi dulce, mi infalible guía;  
Y, después de larguísimas jornadas,  
Llegué por fin á las sabeas regiones,  
Donde mando hacer alto á mis legiones.

“Allí á su rey Gaspar ¡oh gran portentoso!  
(A quien entonces ví por vez primera),  
Encontré que alistaba en el momento  
Su comitiva real, con que debiera  
Partir para Judá. (¡Sueños no cuento!)  
El signo mismo en la celeste esfera  
Le había prestado el mismo magisterio,  
Y descubierto el singular misterio.

“Continuamos la marcha en compañía  
Con indecible ardor y regocijo,  
Y nuestro asombro sin cesar crecía  
Mientras más era el conversar prolijo:  
Pues todo, en perfectísima armonía,  
Ibase concentrando á un punto fijo.  
Hundiéronse dos soles tras los montes,  
Cuando, á través de ricos horizontes,

“De la fértil Arabia al fin llegamos  
Al territorio, cuyo rey, presente  
Se encuentra aquí. La cúspide tocamos,  
Del pasmo en ella. ¡El signo sorprendente  
Hablabá ahí también! Nos estrechamos  
Los tres hermanos; y concordemente,  
Rebosando de insólita alegría,  
Aquí llegamos por la misma vía.”

Calló Melchor; y luego en pie se puso  
El Idumeo, y, al zenit irguiendo  
Ambas sus manos exclamo confuso,  
Un ímpetu de júbilo fingiendo:  
“¡Cumpliste oh cielo al fin! Yo no rehusó  
Tu voz oír ¡Cumpliste! Ya comprendo  
Que vosotros, dinastas orientales,  
Los más dichosos sois de los mortales.

“Sólo os suplico, y con ardor os ruego,  
Que me asociéis á vuestra gran ventura:  
Buscad á mi Señor, y enviadme luego  
La embajada más fiel y más segura.  
También yo siento ese sagrado fuego;  
Yo anhelo al soberano de la altura  
Obsequio y reverencia tributarle,  
Y, rendido á sus plantas, adorarle.

“Mas ya la noche, al declinar, mitiga  
Su silencioso vuelo; aquí, entretanto,  
Podréis dar una tregua á la fatiga,  
Y reparar vuestro mortal quebranto:  
Os brindan estos lares sombra amiga,  
Mientras de nuevo os llame el cielo santo.”  
Un momento después, todo dormía;  
Sólo el rey en sus tramas se envolvía.

Sobre un lecho de tul se incorporaba  
La soñolienta aurora y, sin vestido,  
Sin aliñarse, tímida asomaba,  
Al oír el lejano resoplido  
De los monstruos que Febo ya enganchaba:  
Cuando el regio convoy se ha despedido  
De la corte, y con nueva incertidumbre,  
El signo espera en la azulada cumbre.

Mas apenas dejaron los bastiones  
De la ilustre Salén, cuando la estrella  
Otra vez en las nitidas regiones  
Apareció resplandeciente y bella.  
Nuevos vítores, nuevas emociones  
La saludaron entusiastas; ella,  
Con la voz de su brillo peregrino,  
Los va guiando gentil por un camino,

Que, de ruinas modestas marginado,  
Por herbosas colinas serpentea  
Hasta tocar la falda de un collado  
En cuya cima desigual campea,  
A través del follaje mal peinado,  
Humilde caserío que pardea  
Entre rocas tajadas, cual sillares:  
¿Serán estos, quizá, mezquinos lares,

Los que el rey del olimpo escogería  
Para fijar su corte y su palacio,  
Según lo que en Salén se discutía?"  
Mas sin cortar su vuelo en el espacio  
El astro á la pregunta respondía.  
Era su núcleo rojo cual topacio;  
Y, tintas y cambiantes reforzando,  
Suavemente su vuelo fué sesgando,

Hasta que lento y plácido posose  
Sobre una gruta abierta entre la peña:  
Onduló un poco aún . . . desvaneciése.  
La metálica trompa dió la seña;  
La noble caravana estremeciése,  
La turbación y el gozo la domeña,  
Y, con mirada escrutadora y viva,  
Examina la extraña perspectiva.

Mas de nuevo la hirió rayo divino,  
Y entonces con más fuego vitorean  
Al gran rey del alcázar diamantino.  
Los ardientes bridones escarcean,  
Tascando el áureo freno marfilino,  
Los elefantes mismos gallardean,  
Y sus sonoros bélicos berridos  
Suenan con mil relinchos confundidos.

¡Genios de los espacios! ¡invencibles  
Atlantes que impulsáis con vuestras alas  
Los moles del empíreo incorruptibles,  
Y las vestís de luminosas galas!  
¡Espíritus excelsos, intangibles,  
Que de los siglos no sentís las talas,  
Y guíais al mortal por los caminos  
De sus firmes, inmóviles destinos!

Vosotros que ajustáis á la armonía,  
Al ritmo eterno de la eterna Mente  
El gigante cantar que noche y día  
Entona el orbe al Ser omnipotente;  
Que templáis en la etérea melodía  
La férvida salmodia diligente  
En que la Esposa sus suspiros lleva,  
Y hasta el etéreo tálamo se eleva.

Vosotros, que los cantos y gemidos  
Del justo recogéis, y en espirales  
Del incienso más puro convertidos,  
Los trocáis en fecundos manantiales.  
Venid á celebrar, aquí reunidos,  
Con amorosos cánticos nupciales,  
Los desposorios de la estirpe humana  
Con la misma grandeza soberana.

Ya la increada Verdad, con sus fulgores  
En la mente del hombre reverbera,  
Y la colma de espléndidos honores;  
Despierta ya la humanidad entera;  
La fecunda el Amor con sus amores,  
Y la hace palpitár por vez primera:  
Y ella, al sentir insólitas caricias,  
Brinda de amor y fe nobles primicias.

En el sublime epitalamio hermoso  
Que entonéis en dulcísimos cantares,  
Consignad á los siglos el glorioso  
Nombre de aquestos sabios singulares.  
Que, dóciles á un signo misterioso,  
Abandonaron sus remotos lares,  
Y, preferidos al linaje hebreo,  
El mensaje trajeron de himeneo.

Vosotros explicad las relaciones,  
Los símbolos y emblemas que escondían  
Esas preseas y peregrinos dones  
Que ante el Dios humanado se exhibían,  
Como ofrenda nupcial de las naciones  
Que allí representadas acudían:  
Pues al mirar las ondas verdegueando,  
Viro de bordo ya, voy amainando.

Rige el timón aún, y tú gobierna  
Las últimas maniobras, oh María,  
Que el néctar bebes en la fuente eterna.

En el silencio de la noche fría,  
Bello doncel de la región superna  
Miro bajar hacia la gruta umbría,  
A cuya sombra, el sueño más traquilo  
Duermen los reyes, en tan dulce asilo.

El ángel hiere de Melchor el flanco,  
Y amable le dirige estos acentos:  
“¡Pléyade noble con quien fué tan franco  
El alto cielo en signos portentosos!  
¡Oh! no volváis al rey, seréis el blanco,  
La mira de sus ímpetus violentos.  
¿Quién osará tocar al león que ruge,  
Y en cuyas fauces triturado cruge

“Un tierno corderillo? El, impaciente  
Está por saborear su atroz venganza  
En la sangre del Párvulo inocente;  
Ya le extiende la garra, ya lo afianza.  
Cansado de esperar inútilmente,  
Va á ordenar la más hórrida matanza.  
¡Oigo á Raquel que inconsolable llora,  
A sus hijuelos que ese león devora!

“Gemidos de dolor, lúgubres ayes  
Suenan en Rama; corre por doquiera,  
Inundando las plazas y las calles  
El más puro cruor que se virtiera.  
Parece que los montes y los valles  
Esmaltó la púrpurea primavera  
De claveles y rojos alelíes,  
De anémonas y rosas carmesíes.

“Palpitantes despojos infantiles  
Miro en haces sangrientos esparcidos,  
Y sin rumbo girar, entre febriles  
Espasmos y estridentes alaridos  
Las tristes madres. Uno ó dos abriles  
Sus tiernececicos partos, tan queridos,  
Habían visto, no más, cuando el tirano  
De su pecho arancólos inhumano.

“El pequeñuelo rey, el Dios infante  
Recogerá tan primorosas flores,  
Y su primer corona rutilante  
Formará con sus galas y colores,  
Y en el eterno Edén, siempre fragante,  
Las ceñirá de eternos resplandores:  
¡Muriendo vivireis! vuestra victoria,  
Será del Niño la temprana gloria.

“Sólo él en la feroz carnificina  
No será envuelto; burlará al tirano  
Por más que ruja en su crueldad ferina:  
¡Prófugo, buscará país lejano!”  
Así hablando, á la esfera cristalina  
Remóntase el celeste cortesano.  
El regreso de la alba placentera  
La turba benémerita no espera.

Corceles enjaezando y dromedarios,  
Para la marcha alistan presurosos  
Los pertrechos y arreos necesarios;  
Y por otros senderos silenciosos,  
A las miras tiránicas contrarios,  
A su patria regresan cautelosos.  
¡Oh! vivid para siempre en la memoria  
De las naciones con eterna gloria!

Ya cuatro veces el fanal del día  
Sobre el orbe diez giros ha trazado,  
Desde la virgen púdica, María,  
Al Niño auras vivificas ha dado:  
Y ya el tiempo preciso se cumplía  
De que fuera ante el ara presentado;  
Y que la Madre los lustrales ritos  
En sí aplicara, por la ley prescritos.

El gran Legislador de las naciones  
Al peso de la ley se doblegaba,  
Y por tanto, legales expiaciones  
La siempre virgen Madre no rehusaba,  
Más pura que las célicas legiones.  
Un preludio de triunfo preparaba  
El Pabre Sempiterno á su Hijo augusto  
Al cumplirse el legal rito vetusto.

En medio de un cortejo majestuoso,  
Entre pompa magnífica esplendente,  
Debía ser recibido el Poderoso  
El gran Dominador, el prominente,  
Incansable Pontífice, y glorioso,  
Entrar en posesión eternamente  
De su propio santuario, y, asimismo,  
Abolir el antiguo simbolismo.

Otra vez descendamos, oh Talía,  
Al hondo valle, á la ciudad nocturna  
Do anciana estirpe venerable y pía,  
Hundida en luto y sombra taciturna,  
Con grande anhelo y ansiedad espía  
El primer rayo de la luz diurna,  
El cumplimiento del feliz mensaje  
De rendir al Dios niño su homenaje.

No olvidan la señal... aquel portento...  
Las aves de múltiples colores  
Que allí tácitas cruzan por el viento,  
Meciéndose entre arbustos y entre flores;  
De repente, en unísono conciento,  
Semejante á una orgía de ruisseñores,  
Trinaron todas por la vez primera,  
Y todo el reino gemidor se altera.

Con mente atenta y vigilante oído,  
Oyó asombrado el repentino canto  
Aquel pálido pueblo encanecido;  
Y, saliendo por grados de su espanto,  
Recuerdan ese rasgo conocido  
Que dióles como prenda el ángel santo;  
Y al ver llegado el venturoso día,  
Do nuevo desbordóse su alegría.

En un inmenso aplauso prorrumpieron,  
Y aquella antigua gravedad austera,  
De gozo henchidos, otra vez rompieron,  
Sin que al límite nadie se tuviera;  
Y al mismo tiempo iluminarse vieron  
Toda en reedor la pálida pradera,  
Y un ángel de bellísimos perfiles  
Bajar de los olímpicos pensiles.

Brilló en su diestra, ponderosa llave  
Que, aplicada á la hueca cerradura  
De enorme puerta, con impulso suave  
Giró sin ruido, y la gran boca obscura  
Se abrió del reino en que el dolor no es grave,  
En que muerte sus triunfos no asegura.  
Toda agolpóse, aunque perpleja, incierta,  
La muchedumbre, á la espaciosa puerta.

Pero el Angel de enérgico semblante  
Sólo el paso franqueaba, no vedado  
Al laurífero coro altisonante,  
Y á aquellos cuya savia ha alimentado  
De José la gran Vara exuberante:  
Mas á los otros el guardián alado  
Anima con enfáticos acentos  
A esperar los ya próximos eventos.

Abrumadas de serias reflexiones,  
Evocando recuerdos tumultuosos,  
Van subiendo esas cien generaciones,  
Por torcidos meandros angulosos,  
De la tierra á las plácidas regiones,  
En pos de los destellos luminosos  
Del Angel mensajero que rompía  
Aquella sombra perezosa y fría.

Ya las estrellas en el alto cielo,  
Cual vivaces pupilas centellaban;  
Cuando, á través del tenebroso suelo,  
A la terrestre atmósfera llegaban  
Aquellas turbas, que el pesado hielo  
De tantos siglos sobre sí llevaban:  
El fresco ambiente, el cielo de zafiro  
Les arrancó del pecho hondo suspiro.

Pintábase en su rostro, todo junto,  
Júbilo y estupor; aquella calma  
Da la madre natura, aquel conjunto,  
De emociones tan raras henchía su alma,  
Que humana lengua no dará un trasunto.  
Todos, firmes en pie, como alta palma,  
Habrían pasado aquella noche entera,  
Si el Angel esos grillos no rompiera.

Blanca nube gentil los fué env olviendo  
Y, al blando soplo de la amable brisa,  
El aire ennegrecido iban hendiendo;  
Y, aunque todo entre sombras se desliza,  
Los párpados rotundos van abriendo  
Por conocer la tierra escurridiza:  
Y, ya al tocar su término la noche,  
Llegó á Salém el vaporoso coche.

Nombrada por sus verdes olivares,  
Próxima se elevaba una colina:  
Este sitio á las turbas seculares  
El conductor alígero destina,  
Mientras el Astro se cuelga sus collares,  
Y la púdica Madre se encamina  
Al templo, con el Párvulo en la diestra,  
Y la ofrenda legal en su siniestra.

El zeñiro triscando ya anunciaba  
Ese présago día, y la impaciencia,  
El delirio febril se redoblaba  
En la grave y añosa concurrencia,  
Que los instantes trépida contaba:  
Más y más crece el aura en transparencia,  
Se van los horizontes ensanchando,  
Y las arduas montañas empinando.

Entretanto los sórdidos vestidos  
Y los rostros escuálidos, rugosos,  
Por tan largas edades consumidos,  
Van sintiendo los toques misteriosos  
De invisibles artistas, escondidos  
Del aire entre los pliegues vaporosos;  
Y, de repente, sin perder su forma,  
Todo el antiguo pueblo se transforma.

Mas ya empieza una sorda vocería,  
Como el fragor de tempestad lejana,  
A resonar por la colina umbría  
Al acercarse la feliz mañana;  
Sacúdese, entre ronca algarabía,  
El olivar: aquí una barba cana,  
Allí asoma una luenga cabellera,  
Y ojos abiertos á acechar, doquiera.

Allá por entre el monte... por el valle...  
Por el angulo azul de la enramada...  
¡Ved! es aquel de una doncella el talle...  
Se acaba de perder en la hondonada...  
Surge otra vez... se aviva aquel detalle...  
Parece que en su diestra replegada  
Un parvulillo estrecha... ¡oh qué semblante!  
¡Qué nimbo la circunda tan radiante!